

una paciencia verdaderamente socrática, y por otra parte, habiendo logrado alguna mejora en mis negocios pecunarios, haya podido contentar algunos de aquellos de sus caprichos que me han parecido menos graves, se hace cada día menos imperiosa y exigente. En nuestra paz doméstica, no ha tenido poco influjo el haberse mudado mi suegra de casa, pues he advertido que Julia desde entonces concede algún intervalo á sus querellas conyugales.

Pocos días después de mi visita á Peraita, Julia me hizo padre de una preciosa niña. Han transcurrido ya algunos años desde aquella época, y al presente me ocupo con el mayor empeño de la educación de mi hija. No la enseñaré el arte de conservar intacto un túnico después de dos años de servicio; pero sí el de distinguir lo superfluo de lo necesario, y el de acomodarse al producto del trabajo de su padre ó marido, sean cuales fueren sus proporciones; en términos, no sólo de que no la parezca escaso el gasto que se le diere, sino aun de que procure hacer algunos ahorros para servirse de ellos en una enfermedad, ó en cualquiera otro accidente extraordinario.



Una Familia de Provincia

I

LA VISITA

Había, ó hay en un pueblo, porque todo puede ser, una familia que para estar bien, había encompadrado con el cura, el padre vicario, el organista, el diezmero, el alcahalero, el subprefecto, el juez de paz, que más sabía perpetuarse en ese empleo "concejil" en el que no se tiene cuenta de las multas que se embolsan, el tinterillo y el curandero; y ya se deja entender que sus relaciones las ha llevado hasta el tendero más bien puesto del lugar, con tanta sagacidad y arte como el mejor diplomático. El buen don Roque, era padre de familia; calculaba que encompadrando con todas esas nota-

bilidades de su pueblo sacaría algunas ventajas, porque los bautismos, las alcabalas, las curaciones y los efectos, los tendría á menos costo que sin ser compadre.

Es costumbre en los pueblos, que cualquiera que sale fuera, aunque sea á ocho leguas, pasa á despedirse de sus conocimientos, y va á pedirles órdenes. En el acto que se observa esta etiqueta, la conversación rola sobre el lugar del viaje, y se invita por lo común á hacerlo, y el viajero habla con entusiasmo de lo curioso del camino y de las novedades que se hallan en los diversos puntos.

Más de diez años ha que esta familia, contando con algunos ahorros, había emprendido visitar la ciudad de México; pero como fiaba demasiado en las ofertas de sus compadres, su viaje se le había frustrado.

Cuántas veces don Roque, su esposa doña María Procopia (porque en todos los pueblos por lo común las mujeres se llaman Marias), su hijo el mayor y su hijo el menor se volvían con sus envoltorios de ropa de las casas de sus compadres, ó bien porque no cabían todos en el coche, ó porque la mula del almofrés estaba muy cargada, ó porque los compadres habían madrugado tanto que nadie los había visto partir. ¡Pobre familia! siempre deseosa de viajar, y siempre presentándosele obstáculos invencibles. Sus compadres regresaban, y sin em-

bargo del chasco, ó más claro, del desaire que les habían hecho, don Roque y doña María Procopia eran los primeros que iban á felicitar á los recién venidos por su dichoso viaje. Se animaban las descripciones de la capital, y al matrimonio se "le hacía agua la boca" al escucharlas.

—No pasa de este año sin que vayamos á saber á México, no, hijo, le decía casi siempre á su cara mitad doña María Procopia.

—Un día de estos voy á cumplirte lo que te ofrecí antes que nos casáramos, querida María; pero entre tanto, vamos á visitar á mi compadre don Atanasio que ha llegado esta tarde.

Ambos, acompañados de sus hijos y de su sobrino, para quienes una visita es un día grande, no por el caracas, que no se conoce, sino por el fuerte guayaquil se dirigieron alegres á casa de su compadre el recién venido.

—Compadre, ¿cómo fué á vd., á mi comadrita y las niñas en el viaje? ¿Qué tal se divertieron? ¿No han tenido novedad en el camino?

—Compadre don Roque, muy bien me fué, y agradezco á vdes. sus atenciones; sólo un pesar hemos tenido y muy grande, y es que habiendo madrugado mucho no pudimos esperar á vdes.

—No tenga vd. cuidado, compadre: ¿Y mi comadrita?

—Ya saldrá.

—Vaya un abrazo, compadre querido, y doña María Procopia se dirigió hacia don Atanasio con los brazos abiertos. En seguida salieron la esposa y niñas de don Atanasio y se abrazaron, como si hiciese años que no se viesen.

—Comadrita, ya diría á vd. Atanasio lo mortificados que hemos estado por vdes.; pero no más le digo á vd. que salimos con la luna el día que nos fuimos, y no pudimos esperarlos; pensábamos volvernos del camino por vdes., pero ya no era posible.

—Válgame Dios, comadrita; pero no se mortifique vd., que un día de estos nos vamos Roque y yo.

—Deben vdes. hacerlo pronto, don Roque, porque será una lástima que á vdes. por no saber á México los entierren de cabeza ó boca abajo, decía uno de esos veteranos que estaba de visita y que la echan de graciosos tan sólo porque han estado en algún colegio uno ó dos años, estudiando su Iriarte ó su Nebrija, y han regresado á su tierra sin haber sabido conjugar; pero esto le bastaba para hablar definitivamente de todo.

—¡Dios nos valga! y más que somos cristianos.

—Dices muy bien, hijita.

—Tocayita, decía doña Procopia á una de las niñas de la casa, y que era una de las re-

cién llegadas, ¿qué son muy altas las casas de México?

—¡Uf!... son más altas que el cerro de enfrente.

—¿Y qué hay muchas?

—Como cuatro mil millones.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¿Pues de qué tamaño será la ciudad?

—Yo, tocayita, no se lo sabré decir á vd.; pero lo que yo puedo asegurarle es, que salíamos desde las cinco de la mañana á misa, andábamos todo el día, y volvíamos muertas de cansancio, y más que todo de sueño, poco después de la oración, y no habíamos andado toda la ciudad.

—¿Y es cierto que hay muchas ventanas en las casas?

—Ni que preguntarlo.

—¿Y muchas tiendas?

—De cuanto vd. quiera; si eso sólo para verlo.

—Hay tiendas para ropa, zapatos, para sombreros y toquillas, para llaves, tijeras, agujas, hormillas, y hasta para la agua fresca, que como hielo se vende, y entra en carretas como trigo y maíz en gavillero.

—Bien dice mi compadre el cura, respondió don Roque.—Vaya vd. á México, compadre, vaya vd.

—Mas no sólo eso, compadre don Roque, replicó doña María Cleofas, madre de doña Mariquita; se admiraría vd. de ver ca-

noas grandes cargadas sólo de lechugas, ó de rábanos, ó de flores; también para todas estas cosas hay tiendas.

—¿Y dígame vd., mi alma, qué no fué vd. á la maroma?

—Sí fuimos, respondieron á un tiempo madre é hijas.

—¿Y al trato, y á la Catredá?

—Diré á vd. espacio; al trato no; pero sí á un "dracma," que es lo que está en moda, pues ya no se usa el coliseo ni la comedia, como en tiempos antiguos; pero si vd. hubiera visto lo que nosotros, ¿qué cosa tan bonita y tan fea! hasta el acordarme me causa horror.

—¿Y qué vieron vdes? dígame vd.

—Un dracma del Diablo Verde.

—¡Jesús niñas! no sé cómo han escapado; sería bueno que se fuesen á confesar.

—¿Para qué? eso sería en otros tiempos, pero hoy sólo los necios lo hacen, y todo ¿por qué? por haber visto una comedia, respondió el estudiantillo.

—Y ahora que me acuerdo, exclamó la niña, la dracma era de "mágica."

—Comadre, ¿cómo llevó vd. á sus niñas á esas cosas de mágica con el diablo? No, nosotros no hemos de ir ya á México, decía con tono resuelto el bueno de don Roque.

—No, niño, le decía su mujer, no digas eso; acuérdate de lo que nos conversaba don Jorge el inglés.

—Eso porque en la Inglaterra son judíos.

—No diga vd. eso don Roque, le replicó un nuevo interlocutor, que era nada menos que un licenciado de parvada. Esas comedias ó dramas, como hoy se llaman, no son de mágica sino de magia. Es preciso que vd. atienda á la pureza del idioma; y si vd. hubiera estudiado como yo, Química, Física, Astronomía, Lógica, Retórica, Mínimos, Menores, Diplomacia y Botánica, sabría vd. la causa de todas esas representaciones, en las que la ciencia ha hecho grandes progresos.

—Bien dicho, señor Licenciado, no hay cosa como entenderlo, y no que Roque nada sabe.

—Conque, díganos vd. ¿qué no estarán excomulgados los que vean y hablen con ese diablo verde?

—Digo á vdes., expresó el licenciado, que no. Todo es efecto del progreso nuncupativo y enigmático de estos tiempos progresivos de la ciencia astrológica, de las incomprendibles y espléndidas composiciones del arte que ha llegado á la suma de su periferia en una órbita circunscripta, en que el ingenio, desplegado cual torrente, se eleva hasta el empireo.

—¡Ah madre! ¡ah madre! oiga vd. al señor licenciado; ni más ni menos así hablaban los dracmas.

—Señor licenciado, le dijo el cura que

hacia poco había entrado, ¡qué elocuente es vd., mi amigo, qué imaginación tan viva!

—No señor. . . . vd. me favorece mucho; pero convendrá vd. conmigo en que debemos explicar á estas señoras cuál es la impertérrita causa de esas combinaciones teatrales que se expenden en la capital.

—Muy bien, mi amigo.

—¡Ah señor compadre! dirigiéndose doña Procopia al cura, dígame vd. á Roque que me lleve á México, interérese vd.

Don Roque, aunque temiendo írselas á ver con un diablo, estaba indeciso; pero las explicaciones juiciosas de su compadre el párroco lo tranquilizaron, y terminó manifestando indiferencia.

La conversación siguió animándose, y la amenizaban las descripciones del licenciado, á quien maliciosamente el cura dejó disparatar á su voluntad. El letrado pertenecía al bando romántico, y en el pueblo hacía furor, de suerte que sin el refuerzo de las dos jóvenes pertenecientes á la familia que acababa de llegar de México, la faz anticuada y monótona del pueblo iba á cambiar. Como sucede siempre en los que tienen un mismo deseo ó inclinación, pronto se entienden ó convienen, tanto el licenciado como las dos chicas, hicieron una alianza ofensiva y defensiva para mentir y exagerar á su placer. Don Roque y su mujer perma-

necieron junto á éstos; y el cura, con el barbero, el juez de paz, y el alcabalero se hallaban separados en otro lado de la sala, hablando con el padre de la familia, hombre tonto y por lo mismo malicioso y satisfecho. La política los había engolfado, y don Atanasio, decía y tornaba á decir, haciendo mil ademanes en que esforzaba sus ojos y todo su semblante, que la cosa iba mal, muy mal.

—No digan vdes. nada, no me descubran, porque se compromete todo. Vdes. nada deben dudar, de todo me han impuesto los principades personajes de México.

—Pero señor Cura, decía el barbero, yo no opino porque los congresos se acaben, esta es la destrucción del reino; yo quiero que mi hijo, para quien reencargo á vd. una capellanía, sea diputado, y yo no debo perder esta esperanza.

—No señor, que se acaben los congresos que todas las alcabalas se las absorben, y ni para los guardas alcanza la renta. Pregúnteseme á mí, decía el alcabalero.

—Pues ni congresos ni alcabalas, señores, ni guardas, gritaba con calor el señor don Atenógenes, dueño de la mejor tienda y el más sagaz contrabandista.

—Sí, señores, tiene razón mi compadre, decía don José Guadalupe, para expresarse así, y yo agrego que ni diezmeros, ni curanderos, ni tinterillos, ni jueces, ni testigos de asistencia, ni. . . .

—¿Pero á dónde va á dar, hombre de Dios? le interrumpió el cura creyéndose amenazado.

—¿Y quién es vd. para faltarme, don Guadalupe? le reconvinó el diezmero.

—Esto es un grande insulto; agradezca vd. . . . replicaron todos.

—Señores, señores, calma, calma, exclamaron el cura y don Atanasio, quien defendiendo sus fueros de señor de la casa pudo tranquilizar los ánimos. A las voces ocurrió la reunión romántica, y esto sirvió de dos cosas: primera, que despertara don Roque de un profundo sueño; y, segunda, que el licenciado pronunciase un bello discurso á favor de la unión, y teniendo por tema la bondad de los juzgados y de los abogados en las sociedades civilizadas. Mariquita, y Anacleta su hermana, apoyaban al licenciado, y sostenían con su erudición, que databa desde su permanencia en la capital, que decía aquél la verdad. Sólo doña María Procopia no había despertado con la bulla, pues permanecía en su puesto haciendo carabanas para derecha é izquierda, y tanto más graciosa, cuanto que voluminosa de formas, sombreaba su semblante oscuro, un notable bigote, y en su cabeza lucía una enorme peineta de ahora quince años.

Don Roque, celoso de sus buenas maneras, notó á su amable esposa, y voló á hacerla volver en sí; y para lograrlo, se valió

de ofrecerle que la llevaría al día siguiente á México. Esta oferta fué bastante para despertarla completamente.

Desde el principio doña María Procopia se había propuesto, á más de visitar á sus compadres, ver las cosas nuevas que habían traído, especialmente las de ropa; este es un deseo tan general en los pueblos, que ya ha ocupado la plaza de costumbre. Sacrifican las foráneas de las poblaciones pequeñas cualquiera cosa al gusto de ver la pieza de crea, la de bretaña, el tápalo, las medias, los cortes de musolina ó de cambaya, el paño de bolita, la almohadilla el espejo, el canutero, las peinetas del portal de las flores, las orquillas, las canastitas, la caja de dulces, y hasta los cerillos y fósforos, porque es ya una necesidad nuevamente introducida, y además están de moda, y en esto de modas los foráneos no se quedan atrás, y en prueba de ello, hoy consumen algunas cajas de ese combustible, aunque en Francia dicen los han prohibido. Doña María Procopia, pues, don Roque y algunas otras visitas femeniles, unas por curiosidad y otras por tener que hablar (se entiende sin malicia,) comenzaron á instar para que les enseñasen las cosas que habían traído.

—Sí, comadrita, todavía es temprano (y esto que eran las once de la noche, y en un pueblo) y puede vd. enseñarnos sus cosas, decía doña María Procopia á su comadre doña María Cleofas.

Esta señora no tenía inclinación de acceder á aquella solicitud; pero sus hijas no opinando de conformidad, y deseando por otra parte hacer gala de lo que su amado señor padre les había comprado, en un instante desliaron los baúles y sacaron cuanto pudieron enseñar.

—Vean vdes., decía Mariquita, este túnico es de última moda, como que lo compré á la mejor de las modistas de la calle de Plateros.

—Es magnífico, brillante.

—Señora madre, ¿ve vd. cómo el señor licenciado lo entiende?

Cuando el cura y demás visitas vieron que se prolongaba demasiado la conversación, se fueron despidiendo con grande sentimiento por parte de las niñas.

—Quién lo creyera, hermana, que esos señores habían de tener tan poca crianza, y hasta el señor Cura, vaya...

—No tenga vd. cuidado, mi alma, vamos, siga vd. enseñándonos sus cosas.

—Para que las vea vd. mejor, me voy á poner este túnico.

—Eso sí que no, hijita mía, replicó don Atanasio, porque ya es noche.

Don Roque y doña María Procopia que habían echado un sueño desde antes, por una parte; el licenciado, que estaba allí alegre y festivo, y con sus ribetes de picarezo por otra, las muchachas deseosas de

ostentar sus trajes, hicieron un pronunciamiento, se entiende de "hecho" contra las disposiciones de don Atanasio, el que como presidente derrocado, tuvo que retirarse á su recámara y abandonar el campo, dejando á su esposa el cuidado de sus amabilísimas hijas. Siguió, pues, la manifestación de cada objeto, y las niñas, y las visitas, enseñando unas y admirando otras, estaban joviales.

—Vea vd. mi alma qué tápalo, de esta clase sólo los tienen las C....

—Lindo, precioso; ya ves, Roque me debes comprar, cuando vayamos, media docena.

—Esta mascada es de última; estas medias son de lo mejor.

—¿Y qué no trajo vd. barraganes para las niñas, tocayita?

--Para mis niños, dirá vd.

--No, para las niñas, como el que se puso doña Anselma la noche del coloquio.

—Uf, ja, ja, ja.

—¿Por qué se rié vd?

—No se llaman barraganes, sino capotas.

—¡Ah! pues capote.

—Jesús, vida mía, no diga vd. así, sino capotas.

—Pues eso.

—Ya no se usan, y para qué las había de comprar á las muchachas.

—Lo que si nos compraron fueron estos dos chales.

—Vaya qué chales, si son de lana.

—¿No le gustan á vd? pues son los que más se estilan, replicó muy amostazada.

—¿Qué dice vd. de esta sombrilla?

—No entiendo, respondió asombrada doña Procopia.

—¿Qué le parece á vd. esta sombrilla?

—Quitasol dirá vd.; ese será para que vayan los niños á la escuela.

—Vaya vd. á México, comadre, vaya vd. y verá vd., para que no dude.

—Lo vamos á disponer; pero ahora ya nos retiramos, comadrита, pues ya dió el primer canto el gallo, y es muy noche.

—No se vayan todavía que tenemos otras cosas que enseñarles, decía Mariquita.

—Vaya, no más vemos lo que va vd. á traer y nos vamos.

—¿Cuánto costó á vd. esa bolsa?

—Ridículo, comadre; por Dios que vaya vd. á México.

—Comadrита, yo no soy ridícula; quién lo creyera comadre mía, que me había vd. de despreciar.

—Ni diga vd. eso, comadrита; lo que he dicho á vd. es que á esto llaman todos ridículo, y no crea vd. que se lo digo á vd.

—Ojalá mañana nos fuésemos á México, comadre, para saber tantas cosas; por ahora ya no tengo sentimiento.

—Será lo mejor, señora doña Procopia, y yo daré á vd. cartas de recomendación, le dijo el licenciado.

—Vean vdes. qué abanicos tan especiales y qué zapatos de raso blanco y verdes hemos traído; les dijo Anaclética.

—Niña, regálale alguna cosa á mi comadre.

Señora doña Procopia, tómese vd. ese caramelo á mi nombre; y vd. señor don Roque reciba este acitrón que son de la dulcería de los ingleses, y de este modo obsequiaron á las demás visitas.

—Mil gracias, respondieron los obsequiados, maldiciendo entre sí tan estupenda generosidad.

—Ahora si nos retiramos, interrumpió el licenciado.

Con esta indicación se despidieron todos con su acostumbrada expresión y en el zaguán se separaron cada cual para su casa.

II

LAS HABILILLAS

Los comentarios que los asistentes hicieron en el camino, fueron los de siempre: una crítica amarga de unos y otros, que á otro día se extendió en los demás vecinos, con exageraciones las más desfavorables.

En la mañana siguiente, que era día

de fiesta, doña María Cleofas y sus dos hijas fueron á misa mayor y se presentaron con todo el lujo que habían traído de la capital; sus vestidos y mascaradas eran un mosaico de colores, y por supuesto llevaba cada cual su sombrilla y ridículo. Don Atanasio iba de anteojos, capa y paragua. Luego que los veían, les daban mil abrazos y los felicitaban; las personas que no tenían intimidad se secreteaban y les dirigían miradas tan picarescas, que cada una era un sarcasmo; pero don Atanasio y su familia se presentaban satisfechos.

Don Pedro el comerciante y su mujer ridiculizaban á los recién llegados, al ver que por un año no les comprarían sus indianas y crehuelas, existencia de más de diez balances.

En fin, la familia regresó á casa, y se ocupó en mandar los recados de estilo anunciando su llegada. Todo el mundo hablaba de ellos.

—¿Por fin, qué es lo que traen? preguntaban los más.

—Nada, tres ó cuatro túnicos, un ridículo, un paragua, y todo tan feo, que da vergüenza el verlos.

—La vieja viene muy habladora, las muchachas muy "físicas," y el viejo orgulloso.

—Sólo don Roque y su mujer, con todo y los desaires que les hacen siempre, van á visitarlos.

—Y ahora que los mienta vd., ¿esque van para México?

—No lo crea vd.

—Si me lo acaba de asegurar, y anda empeñando las escrituras de su casa.

—¿Está loco?

—Mas ahí viene.

—Don Roque, nos dice este señor que se va vd. á México.

—Sí, señores.

—¿Qué ya consiguió vd. dinero?

—Cien duros, con un real en el peso cada ocho días, me va á prestar don Pedro el de la esquina, y esto sólo á mí, porque soy su amigo íntimo y es mi compadre; además el señor licenciado don Protasio me va á dar cartas de recomendación para algunos copetones de México. Conque si se ofrece algo pueden vdes. mandar.

En la misma noche había arreglado el negocio con su esposa, y todo se preparaba.

—Pero mi alma, le decía ésta, yo temo ir en diligencia.

—No tengas cuidado, ves qué pocos son los que se matan.

—Eso es lo menos; lo que me tiene con cuidado es que en los asientos y en las comidas del camino, según me han instruido, y en las camas de las posadas, se gasta mucho dinero, y más valiera que fuésemos á caballo.

—No, señora, ó todo ó nada; ó como caminan las gentes decentes, ó no vamos.

—Dios nos saque con bien.

—No te apures, que con las cartas del licenciado nada nos faltará en México; qué buen sujeto es éste, yo lo aprecio mucho.

—¡Qué atento!

—¡Qué bien criado!

—¡Es un sabio!

III

PREPARATIVOS Y VIAJE

Los amables esposos emprendieron luego sus preparativos con grande empeño para concluir pronto.

—No hay que perder tiempo, vete á despedir de todos mis compadres del rumbo de la Parroquia para abajo, que yo lo haré por el rumbo de arriba, dijo don Roque.

Como anuncio telegráfico se supo luego en el pueblo el viaje á México de don Roque y su esposa; todos decían que sería lo mismo que siempre, que después de correr de aquí para allí, despidiéndose y pidiendo órdenes, llegaba el día del viaje, y la pareja, en vez de estar en camino, estaba en su casa triste y desolada, quejándose de su mala suerte y de sus compadres que los habían olvidado. Mas ahora sí era de veras; la criada y el criado, que formaban su servi-

dumbre, se hallaban en continua fatiga para preparar la partida; el gallinero había quedado vacío por la mano terrible de la primera, y el criado no paraba de ir con recados de doña María Procopia á casa de todos sus compadres.

—José, le decía, ve á casa de mi comadre doña Anita, y dile que me preste su quitasol; á mi comadre doña Sinforosa que vas por el tápa'o y las medias; á doña Chepita que te dé la mascada y el pañue'lo, y á mi comadrita doña Anselma que no deje de mandarme su gorro y peinetitas, y el ridículo. Cuidado como te dilatas.

—Mujer, dijo al llegar don Roque, jadeando de cansancio y sentándose en su "camapé" de tule, ¿todavía no acabas?

—Hasta la noche no quedará todo arreglado, ya voy á cerrar el baúl, y el maletón será por la mañana temprano; por lo que es el "hitacate" ya poco le falta.

—Pues ya yo todo lo concluí; mi compadre el barbero fué y arregló con el cochero de las diligencias los asientos, por una gaia que le daremos aquí, con la condición de que antes de llegar á la posada nos hemos de bajar, y á otro día temprano lo hemos de ir á esperar un poco más allá del camino. Mira, aquí están las cartas del licenciado, que nos encomienda hasta con los ingleses sus amigos, y un señor vedel de la universidad, su íntimo amigo y gran-

de persona, para que nos enseñe el caballo; y además me asegura que con confianza mandemos, que allí nada nos faltará. Conque así, apúrate, apúrate, hoy sí es de verdad nuestro viaje.

A la oración las visitas y curiosos habían ocupado todos los asientos de la casa de don Roque, que más bien por divertirse que por otra cosa, habían ido á verlo y á su esposa. La mayor parte de sus compadres y conocidos les habían llevado muchas cartas, que á decir verdad, no eran de recomendación, pero sí de encargos, con muchos tomites para diversas personas, en que les nacían algún regalo; de suerte que éstos pesaban más que el equipaje de la pareja, lo que era un abuso y una impiedad.

Eran las doce de la noche y no se acababa de arreglar la marcha de aquel. A la una se comenzó á disponer: vedlo quí.

Una capa azul, vueltas encarnadas de balleta, que le prestó el boticario.

Dos chaquetas de indiana morada y colorada de medio uso, pero bien almidonadas.

Tres chalecos, uno de indiana azul celeste y dos de cotona blanca.

Dos pares de pantalones, uno de piel de tuza de color verde, y otros de pana negra.

Tres camisas de crea, amburgo y cambaya de cuadros amarillos con grandes cuellos y randas.

Tres paliacates para la bolsa.

Tres mascadas encarnadas, amarillas, verdes, azules, de tafetán francés, que don Pedro, el que le hizo el préstamo, le dió á cuatro pesos.

Un sombrero negro de vicuña coetáneo de Iturrigaray.

Un levitón azul de paño de San Fernando, que obtuvo por donación del último subdelegado.

Equipaje de la señora: tres tápalos, uno de felpa, uno de burato, y otro de casimir, todos encarnados.—Siete túnicos, dos de coco, y los cinco de todos colores, aunque de diversos dibujos grandes.—Tres mascadas de la "India" como las de don Roque.—Dos pares zapatos de cordobán.—Seis id. medias de hilo.—Dos paliacates.—Un abanico, regalo de la mujer del subdelegado.—Una peineta de corona y cuatro chicas.—Un gorro de terciopelo negro, obsequio también de la mujer del subdelegado.

Unas cuatro camisas y enaguas blancas, con dos pares de mirriñaques para abultar obsequio moderno de la esposa del juez de letras.

Un colchón de cotence con cuatro sábanas de manta inglesa, dos almohadas con sus fundas de jamán y una colcha de lana de San Miguel.

Armas: Un bastón y un paraguá de marca, colorado, del juez de paz, que compuso hace diez años el sacristán.

Pertrechos de boca: Una canasta de tortillas y tamales de tres clases.

Un tompeate con pan, azúcar, café, y ocho tablillas de chocolate.—Otro idem con un pavo, cuatro gallinas, tres capones y un cuarto de carnero, todo cocido y con su correspondiente sal-pimienta y cebollas.

Una botella con catalán.

En acabar de disponerlo todo, amaneció, por lo que ya no hubo tiempo más que para ir á esperar la diligencia á la salida del pueblo. La conducción del equipaje era motivo de grandes reyertas con el matrimonio. Los chicos lloraban y los calmaban sus padres ofreciendo traerles mil cosas de México. En fin, el tiempo urgía, y don Roque y doña María Procopia hacen sus encargos y prevenciones á sus criados para que cuiden la casa y lleven recados á todos sus compadres.

Uno y otro se persignaron, y abrazando á sus hijos, que aunque púberes se deshacían en lágrimas, y dándoles un estrecho y último abrazo, se dirigieron al punto en que habían de subir al carruaje.

No les cabía el corazón en su cuerpo; les latía por temor ó pesar, y por alegría á la vez. En esto oyen el ruido de la diligencia, y tal era el ansia que tenían de subir á ella, que nada faltó para que los atropellase.

Al ver los pasajeros el lastre que el co-

chero les metía en ella, comenzaron á provocar un pronunciamiento; poco faltó para que estallase una guerra civil, ocasionada por los tompeates y envoltorios de la familia. El cochero con vivacidad y arte calmó los ánimos colocándolo todo en el pescante y cielo de la diligencia. Don Roque y su esposa entraron por último en ella; el susto y la velocidad del carruaje, apenas les permitía escuchar las risotadas de los pasajeros al ver la extravagante figura de aquella pareja, que se aumentaban cuando llenos de terror pánico en algún salto que daba la diligencia, querían asirse fuertemente y hasta con los dientes don Roque y doña Procopia. Ambos hacían mil gestos y rezaban la "Magnificat" y el Trisagio con una fe y fervor como si fuese su última hora. Mas no fué sólo esto, porque no acostumbrados á viajar en coche, y menos en diligencia, se marearon y su máquinas se descompusieron hasta el extremo que los pasajeros les cedieron los lados de las portezuelas. Cuando hubieron arrojado cuanto pudieron y quedó libre su estómago, la serenidad apareció en su semblante.

No hay idea de lo que algunos de los pasajeros, cócoras de profesión, ó por humor en aquella vez, les dijeron; uno para manifestar su erudición les hablaba en francés; otro en inglés, y les hacían preguntas inconducentes y triviales, por lo que pusieron don

Roque y doña Procopia unas caras de monarquistas chasqueados. Pero con el tiempo entró la calma, y después de ésta, se entablaron buenas relaciones, y hasta una conversación en que tenía parte el matrimonio; aunque á poco don Roque comenzó á ensariarse, á causa de que estaba celoso de su querida María, pues un maldito mozalvete comenzó á pellizcarla por burla, y ella se sonreía y ponía un tanto colorada. Las miradas que le dirigía don Roque al joven que estaba á su lado, estaban llenas de ira y despecho; pero afortunadamente se había llegado al punto en donde se iba á almorzar, y con esto se sofocó aquella tempestad que parecía próxima á estallar.

IV

LA MESA REDONDA

Parado el carruaje, bajaron los pasajeros, y don Roque dió la mano y después el brazo á su mujer, llevando en el otro los tompeates de su almuerzo que habían preparado. En el camino le hizo don Roque á su mujer amargas reconvenciones y terminaron por contentarse.

Llegaron al comedor de la posta, y no quisieron sentarse á la mesa á tomar cosa alguna, temiendo pagar y hacer este gasto que les disminuiría su haber. Don Roque

cargó con sus tompeates y canastos, y suplicó le calentasen el almuerzo. Cuando regresó, ya su querida María Procopia se hallaba á un lado del joven y estaba alegre almorzando.

Llegar, ver aquello don Roque y echarle á su esposa una mirada de león, fué todo uno.

—Venga vd., amiguito, le dijo uno de los pasajeros, aquí hay un lugar, almuerce vd. y no tenga cuidado de lo demás.

—Venga, eche un trago de tapa larga.

—Señores, me ahogo si bebo á boca de botella.

—No decimos eso; que beba vd. de este vino.

—Yo no almuerzo.

—Sí, señor, cómo nos había vd. de hacer el desaire.

—Bebe, hijito; mira, ya me acabé este vaso.

—Sí, beba vd. que con él se entonará vd.

—Así se hace, exclamaron todos al ver que don Roque había vaciado el vaso.

—Yo brindo por la salud de don Roque, dijo el joven que estaba junto á doña Procopia.

—Yo nada entiendo de todas estas cosas, le replicó, y sus ojos centelleaban de ira.

Paróse el joven, y abrazándole, le dió otro vaso lleno de vino.

Don Roque con esto se tranquilizó, bebió y se puso á almorzar con bastante apetito. En esto trajeron lo que contenían sus tompeates, y todos los tamales los prodió; pero no así con lo demás. Los vasos llenos de vino se vaciaban en manos de esposo y esposa, y si bien renació la jovialidad y buena inteligencia en el uno, en la otra por el contrario, el desdén. A la hora de la paga el semblante de don Roque se demudó completamente, le cobraba el mozo tanto por él como por su esposa, y por haberles dispuesto lo que traían en los tompeates. Don Roque se hacía sordo y como que nada entendía; su mujer chillaba de rabia de ver el chasco que les habían pegado los compañeros de viaje al convidarlos; y lo peor era, que ni ella ni su marido tenían fuera de su bál sino lo muy preciso para el viaje, cuyos gastos habían calculado no ser mayores que lo que ahora les cobraban. Pasado un rato en que se divertieron los pasajeros, pagó uno por todos, y el alma se les volvió al cuerpo á marido y mujer.

Don Roque llenó de nuevo sus tompeates, y montaron otra vez en la diligencia, que volvió á partir con la velocidad con que arrancan casi siempre los caballos. Hubo otro rezo; pero á la mitad de la letanía la amable pareja estaba en un sueño el más profundo, que ni el ruido del carruaje, ni

el de las carcajadas, de ver sus cabezas en continuo movimiento, bastaban para hacerlos despertar, hasta que al pasar una zanja, el salto que dió la diligencia fué tan feroz, que tocaron con sus cabezas en el cielo de aquella, y doña Procopia gritó fuertemente, porque los dientes de la peineta se le habían introducido en su cráneo, y simultáneamente se mordió la lengua; y don Roque, no obstante su sombrero, se magulló la cabeza, y aunque le dolía bastante, más sintió aquel, por lo desfigurado que le quedó.

La conversación continuó, y más animada que antes, porque el vino había puesto alegres á todos, y especialmente á don Roque y á su mujer, que hicieron el gasto en todo el camino; pero antes de llegar á donde la diligencia hace jornada, ambos se apearon y se despidieron para otro día temprano.

Cuando entramos por la mañana en una diligencia, sin conocer los pasajeros, molestados por la mala noche, la madrugada, el frío, y porque otro sin urbanidad ni consideración se ha tomado el asiento que nos corresponde, nos ponemos de mal humor; pero cuando entran en ella pasajeros de contrabando y de fisonomías deformes, la incomodidad degenera en disgusto bien grande; mas éste se disminuye al fin por el trato, y más entre mexicanos, que somos

tolerantes por lo común, y esto hace que personas que nos molestan al principio, después las vemos con cierta indulgencia. Así sucedió con los pasajeros, compañeros de viaje de don Roque y su mujer, quienes aunque extravagantes, eran sencillos y buenos. Esto hacía que los viajeros los hubiesen visto partir con algún sentimiento, no sin alegrarse por otra parte, de no dormir en una misma pieza, por temor de los ronquidos de que habían dado grandes pruebas en el camino, acaso por su obesidad.

Los pasajeros se dirigieron á la posada, y el matrimonio fué sin saber bien el lugar á buscar otra, y en esto comenzaron sus nuevas penalidades, porque después de dar mil vueltas, llegaron á un mesón que todo el mundo conoce por su mal servicio.

Serías eran las reflexiones que hacían don Roque y su mujer, con quien no dejó de reñir por la primera vez, á causa de su familiaridad con el joven que había estado á su lado, y si no se hallasen á la mitad del camino, es seguro que se hubieran tal vez vuelto á su tierra, y acaso acaso, intentar en toda forma la acción de su divorcio. ¡Lo que puede una ilusión! Doña María Procopia, que era fea entre las feas, parecía á su marido una deidad; y lo que era una burla evidente de parte del joven tronera aparecía á los ojos de marido y mujer como galan-

teo. Pero este es el mundo, y así ha sido siempre, y en prueba de ello es, que yo uso de estas moralejas, que ya se hallan olvidadas.

V

AVENTURA Y LLEGADA Á MÉXICO

El sueño puso fin á las disputas de nuestra pareja, y muy temprano se levantaron, como que sin colchón, por haberse quedado en la diligencia, madrugaron, como contrabandistas, y se fueron al lugar en que debían esperar la diligencia. Afectuoso fué el saludo de sus compañeros de viaje, y en el resto de la jornada siguieron las escenas del día anterior. El humor de don Roque, por el placer de llegar á México, había mejorado un noventa por ciento, y el de su querida Procopia ni se diga; pero, ¡oh dolor! que en la última posta para llegar, se enferma la infeliz, y mientras que van á la tienda para tomar alguna medicina, parte la diligencia, y se encuentran sin los auxilios necesarios. Don Roque estaba desesperado y renegaba del día y hora en que había emprendido el viaje; lo que más le apuraba era su equipaje; su pérdida la suponía inevitable, porque quién sabe lo que haría de él el cochero; esto lo tenía fuera de sí; ya ni se acordaba de su mujer. Compadecido el ten-